

Al contrario, la creación está incompleta. Por eso, la memoria y la añoran-

za son elementos definitorios de una «espiritualidad de ojos abiertos».

Daniel Barreto

[RESEÑA]

CONSUMO Y VIGILANCIA

ZYGMUNT BAUMAN y David Lyon, *Vigilancia líquida*, Paidós, Barcelona, 2013

La vigilancia se ha convertido en una obsesión. En nombre de la seguridad cabe justificarlo casi todo, también la entrega sin resto de la vida privada, la intimidad y el secreto. ¿Qué hay detrás de la tendencia al control, la grabación, el registro de actividades, gustos y movimientos? Esa pregunta lleva al pensador Zygmunt Bauman, en conversación con David Lyon, a un análisis revelador de nuestro tiempo.

Hay una relación entre los nuevos sistemas de vigilancia y las redes sociales de internet. Las cámaras y los drones amplían hasta límites insospechados las posibilidades de control. En esto prolongarían, con extraordinarias mejoras técnicas, los modelos de control clásicos, como el panóptico de Jeremy Bentham. Pero hoy la novedad reside en la colaboración que presta el individuo. Este suministra activamente a internet los datos de su vida privada. La vigilancia se realiza con la participación complaciente del vigilado.

Esto pone en cuestión la existencia de la intimidad y lo que Jacques Derrida llamaba «el gusto por el secreto personal». Sin ellos, la noción misma de democracia está en peligro.

¿De dónde viene la compulsión a decirlo todo en la red? ¿Cuál es el origen de este exhibicionismo sin tregua? ¿A qué se debe esta saturación narcisista? ¿Por qué el espacio público ha sido sustituido por imágenes de la vida privada? La razón hay que buscarla en el miedo a la exclusión. En el mundo actual nadie está definitivamente a salvo de la marginación. El temor a convertirse en lo que Bauman llama «vida desechada» impulsa a la ilusión de una integración obsesiva. A medida que aumenta el miedo, disminuye la intimidad.

La angustia ante una posible marginación futura sería el sentido del ritual consumista. Según Bauman, el consumo actual no es prioritariamente la consecuencia de un deseo artificialmente creado. Su motivación más pro-

funda es la exigencia de convertir al individuo en un producto vendible. ¿Por qué sucede así? Adquirimos mercancías para dotarnos de la identidad que garantiza nuestro éxito frente al temido rechazo social. Por eso, si buceamos en el narcisismo, encontramos angustia. Lo consumido funciona como una marca de identificación que proclama: «perteneczo a esta sociedad y no a sus márgenes». Nos confeccionamos a nosotros mismos para ser aceptados según los cambiantes imperativos del mercado. Un caso extremo, pero significativo, es el de Blondie Bennet, la mujer que decidió convertirse en un clon de la muñeca Barbie y que ha llegado a afirmar: «lo natural es aburrido. Me gustaría ser totalmente de plástico».

Ahora bien, las formas actuales de vigilancia no son las mismas para todos. Los procedimientos tradicionales de control siguen vigentes para la población que no puede participar del festín consumista. En cambio, la colaboración del vigilado en su propia vigilancia es propia de los individuos solventes. La organización de los datos sobre gustos, opiniones y hábitos da lugar a una potente operación de *marketing* personalizado.

Bauman, siguiendo la crítica del filósofo Günther Anders a la idolatría

de la técnica, analiza el vínculo entre la pérdida de libertad y el desarrollo tecnológico. La modernidad podría definirse como la época en que el individuo, resignado, acepta como un destino los dictados de la máquina. El hecho de «poder hacer» se traduce automáticamente en «deber hacer». Los fines se desvanecen por completo. El hombre pasa a ser solo un medio para el desarrollo de una técnica autónoma. La renuncia narcisista a la intimidad expresa también este retroceso de la libertad.

El último capítulo del libro da un giro. El diálogo se centra en las posibilidades de cambio social y político. Como tras toda crítica seria, la pregunta «¿qué hacer?» termina por abrirse paso. En las respuestas, poca novedad, pero no viene mal recordar las antiguas verdades. Según Bauman, los motivos para la esperanza, si en realidad los hay, tienen su raíz en la toma de conciencia ética: «La no aceptación de una situación, incluso cuando la encerramos en las mazmorras del subconsciente, abre un espacio para las convicciones, y por ese espacio pueden entrar lo milagros, y de hecho entran».

Daniel Barreto